



ENCUADERNACION
VERONICAS
—
MURCIA

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E

7

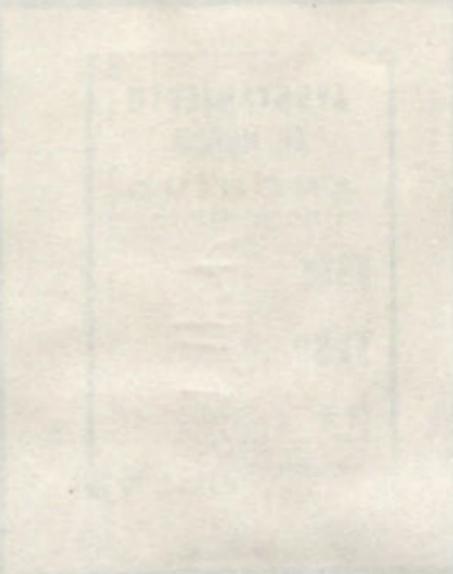
TAB^A

F

N.º

8

Mod. 39 78



Vicente
Medina



Mujer, Dios te salve!

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA

ARCHIVO

ESTE

TAB^A

N.^o

Vicente Medina

men de 512 páginas. Contiene
poética del autor hasta 1908,
sios críticos de escritores ilus-

DE LA HUERTA-Aires mur-
raciones fotográficas de paisa-
bres de la huerta, tomadas del
el mismo autor.

LA CANCIÓN DE LA VIDA Poesías

ALMA DEL PUEBLO *Primeros ensayos poé-*
ticos.

LA CANCIÓN DE LA MUERTE Cuadros en
prosa - Páginas de intenso pesimismo.

ABONICO Poesía - Las cartas del emigrante.
Nuevos Aires murcianos.

CANCIONES DE LA GUERRA - Poesía. Pia-
dosa lamentación, queja angustiosa, protes-
ta airada contra la locura sangrienta de
los hombres. Esto es este libro.

TEATRO:

El rento

La sombra del hijo

El alma del molino

¡Lorenzo!...

OBRAS DRAMÁTICAS INÉDITAS

La pena duerme

La copla triste

El calor del hogar

En lo oscuro

Los pájaros

La fiesta del mar

El canto de las lechuzas

¡MUJER, DIOS

TE SALVE!

(POESÍA)

Colección
de las
Obras Completas
de

VICENTE MEDINA

Editadas
por el propio
autor

XVI

Rosario de Santa Fé

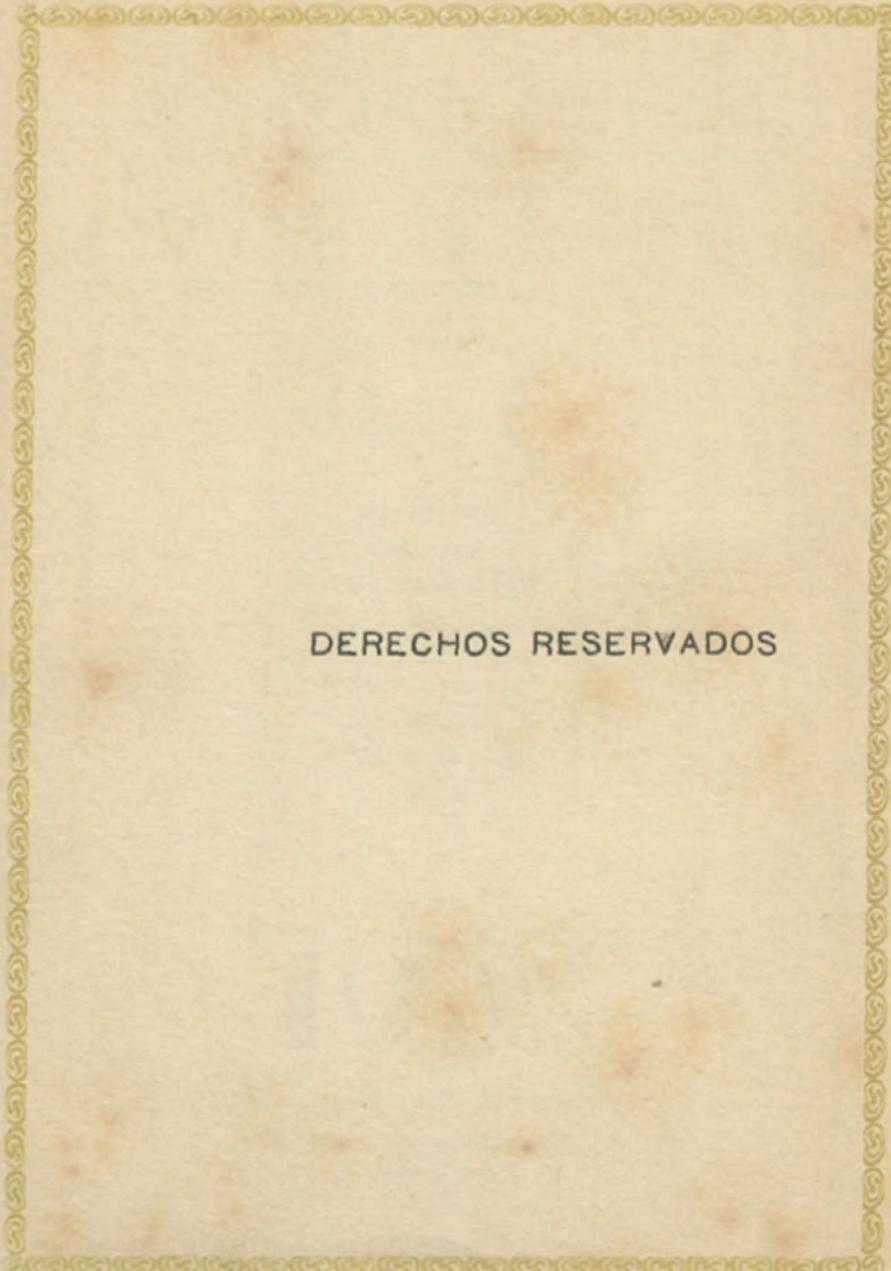
(República Argentina)

Año 1924

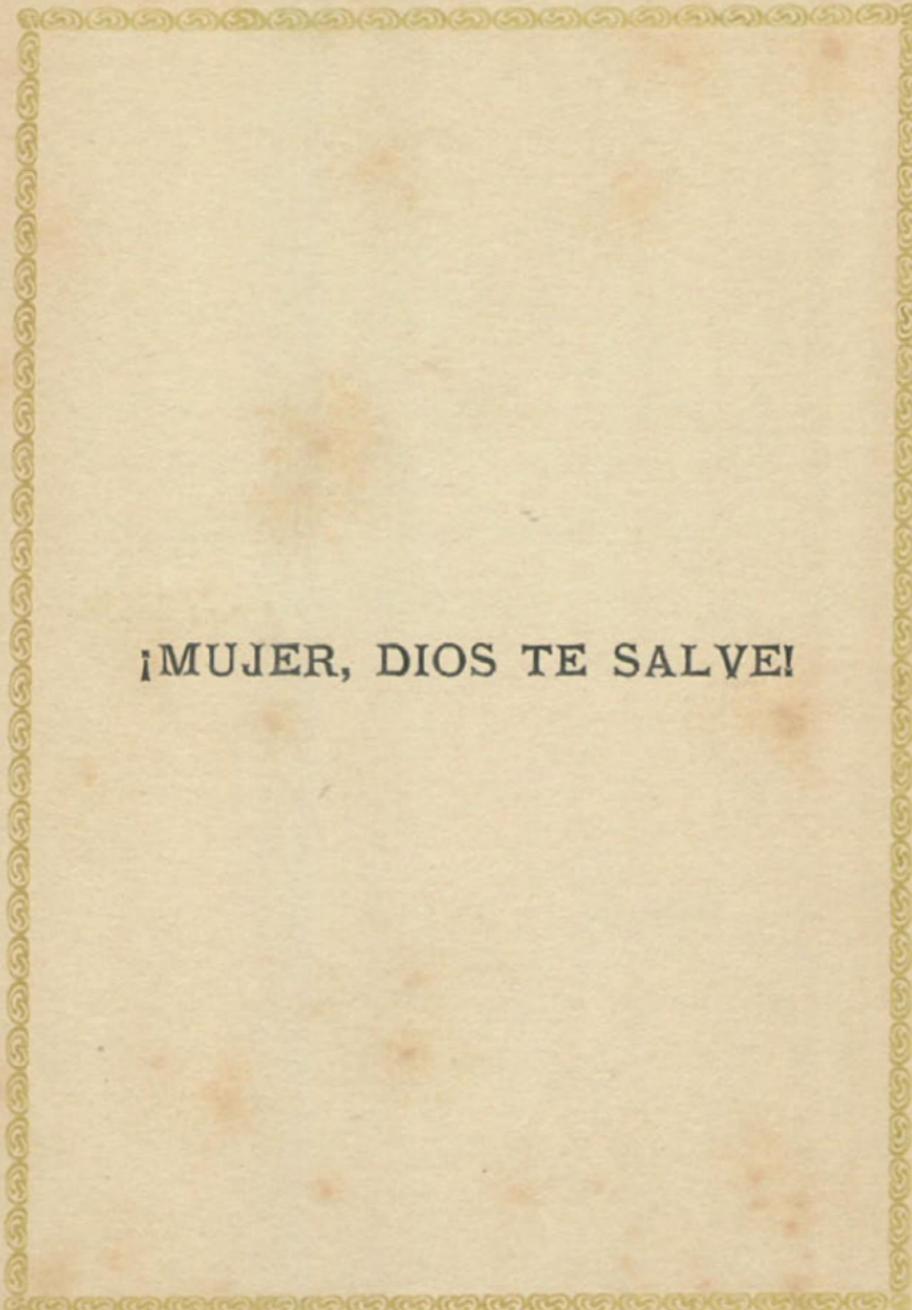


R 6703

© Ayuntamiento de Murcia



DERECHOS RESERVADOS



¡MUJER, DIOS TE SALVE!



«Mas dice el Señor: «¿Quién de vosotras puede mudar su cabello ó de negro en blanco ó de blanco en negro?» ¿Quién? Estas que desmienten a Dios. Veis, dicen, en lugar de hacerle de negro blanco, le hacemos rubio, que es mudanza más fácil. Demás de que también procuran de mudarle de blanco en negro las que les pesa de haber llegado á ser viejas. ¡Dios os libre, á las que sois hijas de la sabiduría, de tan grande necedad! La vejez se descubre más cuando más se procura encubrir.

¿De qué os sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? ¿Por qué no se les permite que reposen á vuestros cabellos, ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto? Unas gustan de recogerlos en trenzas, otras los dejan andar sin orden y que vuelen ligeros con sencillez nada buena; otras, demás desto, les añadís y apegáis no sé qué monstruosas demasías de cabellos postizos.

Poneis también sobre vuestras caras y cuellos no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzáis de una cosa tan desmedida, avergonzaos siquiera de una cosa tan sucia.

FRAY LUIS DE LEÓN
«LA PERFECTA CASADA»

CÁNTICO

ENTRE LOS ESPOSOS

ESPOSA



Á dónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huíste
habiéndome ferido;
salí tras tí clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuéredes
allá por las majadas al otero,
si por ventura viéredes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas:
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras,

plantadas por la mano del Amado;
oh prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con premura,
y, yéndolos mirando,
con solo su figura
vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy ya más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan,
de tí me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué, que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
oh vida, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras

las flechas que recibes,
de lo que del Amado en tí concibes?

¿Por qué, pues has llagado
á aqueste corazón, no le sanaste?

Y pues me le has robado,
¿por qué así lo dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

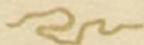
Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta á deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos,
y sólo para tí quiero tenellos.

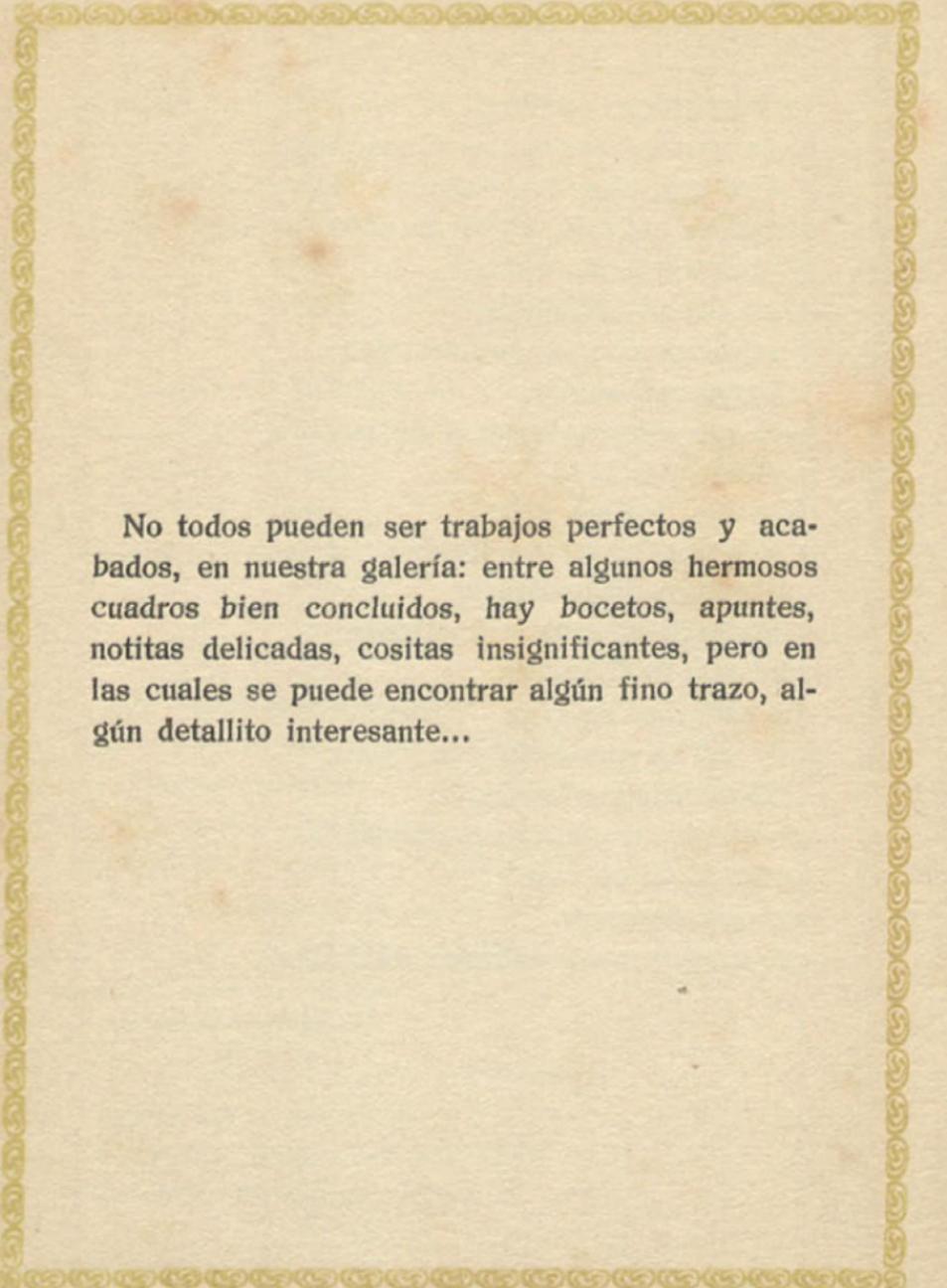
Descubre tu presencia,
y mátenme tu vista y fermosura:
mira que la dolencia
del amor, no se cura
sino con la presencia y la figura.

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

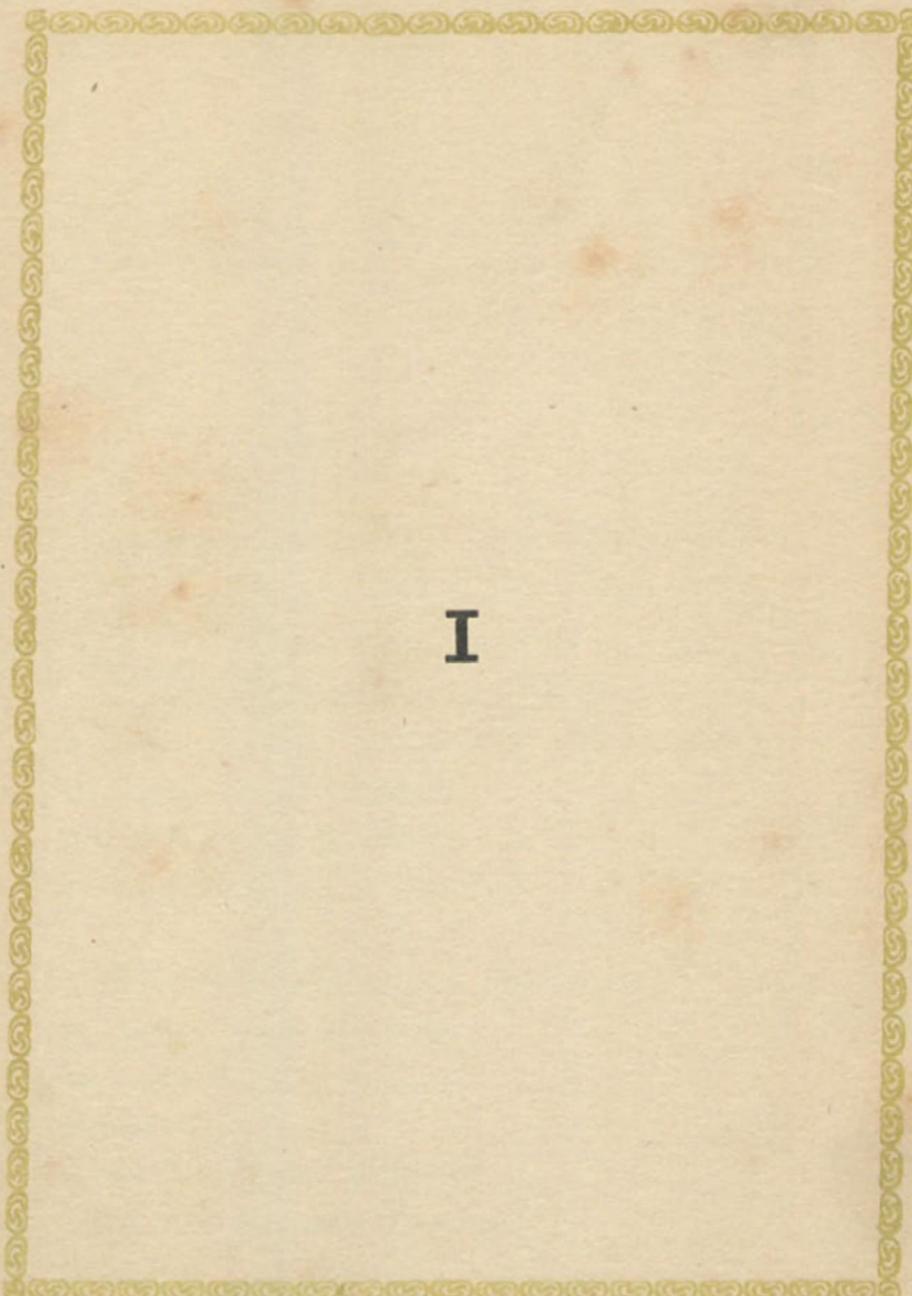
San Juan de la Cruz.

Siglo XVI





No todos pueden ser trabajos perfectos y acabados, en nuestra galería: entre algunos hermosos cuadros bien concluidos, hay bocetos, apuntes, notitas delicadas, cositas insignificantes, pero en las cuales se puede encontrar algún fino trazo, algún detallito interesante...



I

¡MUJER. DIOS

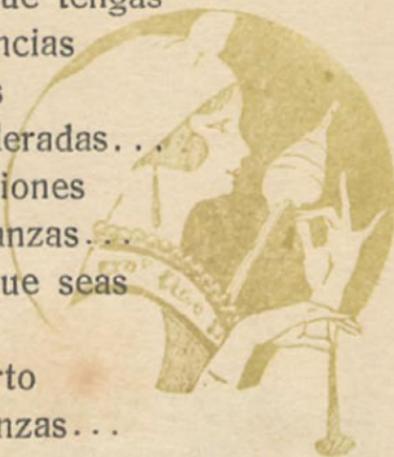
TE SALVE!



E gusta, mujer, que seas
una mujer de tu casa;
me gusta, mujer, que seas
como señora aldeãna,
a la par que en sus quehaceres,
en otras cosas versada:
tan señora en la cocina
como señora en la sala...

Me gusta, mujer, que seas
prudente y aleccionada,
de trato llano y sencillo
y avisada,
discreta con los discretos
y con los simples buenaza...

Me gusta, mujer, que tengas
apego a las cosas rancias
en guisos y golosinas
y en costumbres moderadas...
en fiestas y en tradiciones
y en diversiones y danzas...
Me gusta, a la vez, que seas
de cabeza despejada
y de un espíritu abierto
a las modernas mudanzas...

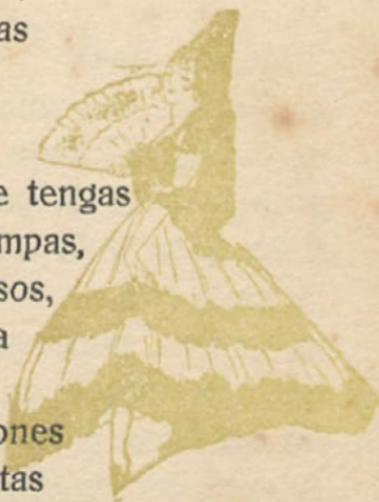


Me gusta, mujer, que tengas
cosas viejas conservadas
y estimadas:
un mueble antiguo, una loza,
un abanico, una alhaja...
Me gusta, mujer, que tengas
en una arca,
que de alguna abuela tuya
fué heredada,
típicas ropas antiguas
y aldeanas:
prendas de vivos colores

en lentejuelas bordadas,
y refajos y basquiñas
con vistosas farfaladas,
y mantillas, y mantones,
y collares, y arracadas,
y hasta un par de castañuelas
que sepas repiquetearlas...
Y me gusta que algún día,
que tengas humor o ganas,
te vistas y te compongas
con tus ropas aldeñas
y que cantes tonadillas
a estilo de vieja usanza,
o bailes unas manchegas
o parrandas...

Me gusta, mujer, que tengas
placer en libros y estampas,
y en bordados primorosos,
y en labores de costura
delicadas...

Me gusta que te apasionen
con pájaros y con plantas



y que sean tu delicia
tus macetas y tus jáulas...

Me gusta que, cuando vuelvo
de mi labor, tú me salgas
al encuentro y que me leas
en la cara
si soy feliz o si sufro
y me digas:

—«¿Qué te pasa?»

con interés por mi cuerpo
y por mi alma...



No me gusta,
mujer, que tan solo pienses
en ir emperifollada
y en largarte de paseo
y de visita y de charla...
Ni me gusta
que creas, exagerada,
que tus deberes se encierran
en tus hijos y en tu casa.
A entender en grandes cosas



de la vida
también estás obligada
y tienes, mujer, un puesto
de honor en la lucha humana;
pero siempre esposa y madre,
desde la torre sagrada
de tu hogar y con tu encanto
femenino, que es tu gracia...
¡mujer, tu divina gracia!

No quiero, mujer, que seas
ni una pedante, ni sandia,
ni que seas marimacho,
ni una simplona extremada.
Si Dios quiere, al par del hombre
te puede hacer una sabia;
si te hizo sólo mujer,
sé buena, sencilla y casta...

No fundes en tu belleza
tu fama...
No pongas en la malicia
tu gracia...
ni esgrimas, como puñales,

tus palabras...

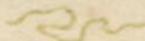
Ha de ser
tu honestidad, trascendiendo,
tu fragancia...
y tu inocencia
tu gracia...
y tus dulces rendimientos
tus armas...



Mujer,
fruta regalada
para mi cuerpo
y mi alma,
¡Dios te salve
en el templo
de tu casa!



Te quiero noble y sencilla
como señora aldeana,
¡tan señora en la cocina
como señora en la sala!



AMO EL DOLOR

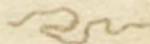


SOBRE mi brazo, sobre
la almohäda,
tu cabeza reposa y en tus ojos,
entornados y tristes, hay una
[lágrima...

Sobre mi brazo, sobre
la almohäda,
te acaricio y contemplo: en blanco mármol
parece tu cabeza modelada:
la tersa frente, la entreabierta boca
y el perfil delicado de tu cara...

Sobre mi brazo, sobre
la almohäda,

sobre mi pecho amante
reclinada,
te contemplo, y te beso la suspirante boca,
los ojos tristes y la frente pálida...



LUCECITA EN LA NOCHE



ENTRE lotes baldíos y desmontes, en la barriada nueva, y entre charcos y calles en-
[fangadas,
tu casita resalta como una perla...

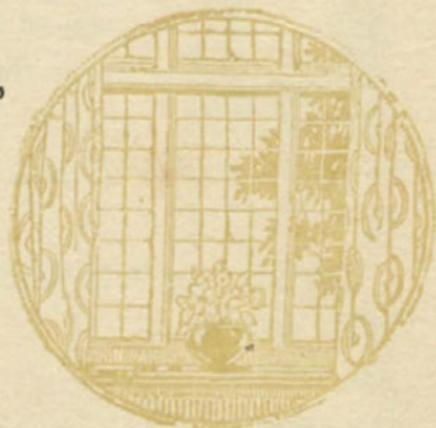
Cuando cierra la noche
brilla una luz...
¡en aquella casita
me esperas tú!

La noche es negra...
cruzan, de vagabundos,

atormentadas pobres siluetas...
y tú me esperas...
Brilla la lucecita
como una estrella...

La noche es triste,
la noche es fría...
y tú me esperas... ¡Ay calorcito
de tu casita, de mi casita!...
¡Ay, cuando llego, el alborozo
de tu alegría, de mi alegría!...

Tenemos lumbre,
pan y quietud...
¡dichoso yo,
dichosa tú!
¡Dios nos dé larga
vida y salud!



Blanquita es la casa,
blanco como la nieve el mantel,
y blandita y blanca nuestra
camita de novios es...

¡Qué bien, dulce amiga,
qué bien!
¡Vida larga y salud
que Dios nos dé!

Tu alma y mi alma
se han entendido;
de tu alma y mi alma
es nuestra casita abrigo...
¡Ay de los errabundos
que una alma compañera no han tenido,
ó de los abatidos
que ya la han perdido!...
¡Pobres sin asilo,
sin nido,
sin cariños!...
¡Qué frío!

*
La noche es negra...
brilla una luz...

es de nuestra casita,
me esperas tú...

¡La noche es negra!...
¡brilla una lucecita
como una estrella!...



EL JUGADOR QUE
NO LLEGÓ A JUGARSE
EL ALMA



I dulce amada,
la que sin acostarte me aguar-
[das
levantada...

Luego me dices:
«Dieron las tantas...
Ya ni tranvías
ni carruajes pasaban...
Esperando, esperando,
desesperada,
llegué a dormirme,
sobre la mesa la cabeza hincada...
Me desperté de pronto
toda sobresaltada...

en el silencio,
lentas y claras,
sonaron en la noche
tres campanadas...
Me estremecí de frío,
me asomé a la ventana...
¡y nada! »

Yo en tanto, amada mía,
también esperaba
sentado
ante la mesa trágica,
ante la mesa del tapete verde...
mis manos crispadas,
mi bolsa exhausta...
Yo esperaba
a ver si mi estrella
cambiaba...
a ver si la suerte
llegaba...
Y en tí pensaba,
en tí llorosa,
inquieta, angustiada...
por mí desvelada...



En tí pensaba,
en tí, que me ámas,
por mí tan amada,
¡por mí torturada!...
Yo todo a la suerte
lo sacrificaba,
y la suerte, esquiva,
de mí se burlaba...
¡Ay si hubiese salido mi carta...
yo te hubiese llevado una alhaja!

Se pasó la noche,
las horas volaban...
sonaron las cuatro
de la madrugada...
ya por los balcones
se veían los claros del alba
y se iba quedando
desierta la sala...
Yo, igual que clavado,
a la mesa de juego me hallaba
y esperando la suerte inconstante,
se lo puse todo a la última carta...
Esperando la suerte inconstante

¡y tú me esperabas!
¿Qué más suerte que tú, mi tesoro
de amor y constancia?

Al fin, de la mesa funesta de juego
me desenclavara,
y eché caminito
de casa
con la bolsa
exhausta. . .

Te ví, desde lejos,
triste a la ventana
y me recibiste
sumisa, abnegada. . .

Te dije:

«He perdido. . . Si hubiese ganado,
yo te hubiese traído una alhaja. . .
pero pude librar una joya
que, por mi ventura, no llegué a jugarla. . .

Te traigo una joya que te pertenece:
¡te traigo mi alma!»

DIOS EN CRUZ



DIOS en cruz, más te adoro
cuanto más vil me siento.
Me miro como descarrñada
(oveja
ante el redil con el valido tierno...

Mi dulce compañera, mujer buena y su-
[frida,
¡oh si supieras mi entrañable secreto:!. . .
¡Cuanto más infiel te soy,
más te quiero. . .
y, ante mis ojos,
más te enalteces cuanto más te ofendo!



¡ROSA
MÍA DE
TÉ!

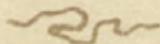


RES esbelta y eres de perfil
[delicado:
de un blanco desvaído la me-
[jilla y la sien...
Eres, en un flexible tallo, una medio abierta
rosa de té...

Cuando en la bella noche, enamorada y
[tierna,
de mi brazo prendida te llevé,
lánguida te inclinabas... ¡qué elocuentes
las rosas ídas de tu fina tez!...

Sobre mí te abatías,
yo te miré...
¡oh tu divina
y desvanecedora palidez!...
¡oh el desmayado rosa de tus frescas mejillas,
que las noté
frías como los pétalos cuajados por la es-
[carcha,
cuando te las besé!...

Como apoyo en el tronco busca la tierna
[rosa,
sobre mí te dejaste dulcemente caer,
y yo entonces pensaba:
«¡Rosa mía de té,
de los blancos desmayos divinos,
espléndida en mis brazos, de amor ábretel...
Sigue á mí prendida,
rosa mía de té:
con tus brazos (tus tallos flexibles)
enlázame
hasta que tus pétalos, un día ya mustios,
junto al viejo tronco los dejes caer...»



MAGNÁNIMA



¿QUÉ más puedo pedirte?!
Por mí, has amado;
por mí, has penado;
por mí, has suspirado;
por mí, llorado;
por mí, las noches
sin dormir has pasado...
y cuando,
envilecido y caído,
á tí he llegado,
¡me has levantado
y me has besado!



TU DULCE AMOR



QUE á tí, que eres tan buena
y que me quieres tanto,
te olvido yo?...
¿que apenas te hice un verso?...
¡tienes razón!

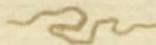
Fijate en que mis versos, que parecen
versos de amor,
como otros que parecen amorosos,
no lo son...

Son versos de reproche,
de amargura y dolor...
acusan á la esquivia y á la ingrata
y lloran su traición...

¿Y en mis versos á tí, de qué podría

recriminarte yo,
si eres amante y fiel y humilde y santa
como no hay dos?

Mi más grande alabanza, de tí inocente y
buena,
es que tu amor
fué bálsamo piadoso que dulcemente cura,
y no dardo que hiere cruel el corazón.





CIEGO



SON para mirar los ojos
dulces que en la cara tengo...
son para pensar los ojos
tristes de mi pensamiento...
¡son para querer los ojos
de mi alma... siempre ciegos!

Ay mis ojos que te han visto...
ay, mi pensar, lo que pienso...
¡ay mi alma
con este querer tan ciego!...

Lazarillo de mi alma,
sólo por tus ojos veo...
no me dejes de la mano,
que me pierdo...
¡tén compasión, lazarillo,
que estoy ciego!



ERES AGUA LIMPIA



COMPARO tus besos,
mujer, con el agua:
son tan abundantes,
que parece que no valen nada...
¡Ay tus besos puros, los que me consuelan
esta sed de mi amor, que me abrasa!
¡Ay el agua limpia
que la sed me apaga...
agua dulce y pura .
que no cuesta nada
y no se podría
con el oro del mundo pagarla!

Fuente de ternuras

que abundante manas...
¡pura, dulce, limpia...
te comparo, mujer, con el agua!





FÉ EN EL AMOR



L verme en trance de peligro,
[y aunque
de rezar ya te habías olvidado,
el amor ha movido
en fervorosa súplica tus labios
y por mí, bien amado,
has rezado...

Y yo que ya no creo tampoco, dulce amiga,
ni en rezos, ni milagros,
del peligroso trance
me he salvado...

Sé que no he de llegar á convertirme
por ello; si embargo,
es lo notable

del caso,
que en la eficacia de ese rezo tuyo
yo creo, bien amado...
¡Y creo en la eficacia de tu rezo,
por el amor divino que ha movido tus labios!

LENA ERES DE GRACIA



AY quien en la basura, con
[asco manifiesto,
busca una joya...

¡Así, con impaciencia y asco,
[tú en la materia
buscas el ideal, rebuscadora!...

Exaltada aseguras
que en la basura encuéntrase la joya;
pero más repulsión cada vez sientes...
¡cada vez que la vil materia tocas!

Y pulquérrima, tú que reconoces
lo soez y lo torpe de la cosa,
idealizas tu carne, consagrada en el culto
del baño, del jabón y de la ropa...

Dios te salve, María, de la ropita blanca,
del agua y del jabón, derrochadora...

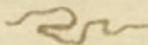
Dios te salve, María:

¡antes del baño, en el baño y después del

[baño,

llena eres de gracia, siempre limpia y her-

[mosa!



HE DE SER YO



PELEARNOS, queriéndo-
[nos!...]

¡qué aberración!

Fiera te vuelves, brutal me
[pongo,

¡y es la causa el amor!

Celillos (celo, más bien diría)

suceptibilidades sin ton ni son

y, á veces, nada, sin que sepamos

cómo la riña se promovió... .

¿Nerviosidades?... ¡Qué cosa triste!

Tales enojos me producen horror

y en estas lamentables desavenencias,

si hay alguno que ceda he de ser yo.

No me vale
tener esto ó aquello en mi favor:
quien siempre ha de perder de su derecho,
he de ser yo.

Sea por lo que sea
la cuestión,
quien dé el brazo á torcer en la porfía,
he de ser yo.

Sea por lo que sea, en estas riñas,
(cuando no nos hablamos,) de los dos,
el primero que al otro se rebaja y le habla
¡siempre soy yo!

Sea por lo que sea,
siempre soy el primero que baja el diapa-
[són...

Si uno se acerca al otro
y dá el beso de paz, ¡siempre soy yo!

Aunque resulte
que está de parte mía la razón,

he de ceder... ¡Y quien, al fin, se rinda
he de ser yo!

El papel de vencido, contigo, lo prefiero
más que el de vencedor...
y, al herirte, me siento de tu herida
¡más que tú, yo!

Al punto, si te hiero,
dudo de mi razón,
pues contra mí rebota mi razón como una
[arma,
blandida ciegamente en mi furor...
¡De qué puede servirme
la razón,
si contra tí
he de emplearla yo!

*

No quiero la razón
que mi tierno cariño
cambia en furor...
Insensata razón
que vá contra mí mismo,

pues que hiere mi propio corazón...
Si no te tengo á tí,
si no tengo tu amor,
con tener la razón
¡qué tengo yo!

*

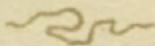
Me has herido, mi amor;
pero te pones tú la venda y gritas
y de nada me vale mi razón:
quien te cure y consuele
pidiéndote perdón,
¡he de ser yo!

Perdón ¡y me has herido!
¡ay, amor!
me consuela vencerte
pidiéndote perdón...
¡Tú te pones la venda,
y el herido soy yo!

LAS ESPINAS



QUITANDO las espinas que ya
[tienes clavadas,
bien poco de dolor puedo evi-
[tarte...
¡las que quiero quitar son las que puedes
todavía clavarte!





¿SABES TÚ

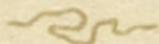
LO QUE ERES?



Ú vienes
y yo te veo;
tú te acercas
sonriendo...

¿Eres límpida
luna de espejo?
ó clara fuente?
ó cielo?
¿Cómo
te veo
que «¡Alma mía!» te dice
mi pensamiento?
¿Sabes tú lo que eres,
cuando bellos

en mí posas tus ojos
y causas mi embeleso?
¿Eres un alma, y mía, y yo te llamo
«¡Alma mía!», por eso,
ó eres celaje,
fuente ó espejo,
y en divino espejismo
es, al verte, mi álma lo que veo?



ALMOHADA DE

MI DESCANSO



RAS el día de tarea,
de afanes y de cuidados,
rendido de cuerpo y alma
busco reposo á tu lado.

Tú me acoges tiernamente
y, cuando
en el lecho caigo,
se desliza suavemente
debajo
de mi cabeza
tu brazo
y á tu pecho me retienes
dulcemente reclinado...

¡Ay, mi amor,

almohada de mi descanso!

Y cuando,
abatido en el intento
inútil de levantarnos
de este fango
de la vida,
de este pantano,
hasta tí llego, vencido,
tú me animas y me calmas
y tu brazo,
atrayéndome á tu pecho,
dá á mi cabeza reposo
blando...

¡Ay, amor,
almohada de mi descanso!



CUANDO ERES MÍA



O es cuando vés por la calle
y, por lo bella te admiran...
Es, modesta y hacendosa
y en tu casa recogida...

Es, por honrada, brillando
como un sol en tu casita...
Es así como te quiero
y... ¡entonces sí que eres mía!

No es para mí la que á ötros
en agradar se remira...
mal recato de tesoros
que provocan la codicia...
me roban algo esos ojos
que con recreo te miran...

No vanidad en que te miren:
te quiero en tu amor movida
porque te miren mis ojos...
¡entonces sí que eres mía!

No severa y rencorosa
y ni soberbia, ni altiva...
Humilde y buena te quiero,
condescendiente y sufrida...
más que fuerte y vencedora,
dócil te quiero y vencida...
Cuando á discreción te rindes...
¡Entonces sí que eres mía!

Lo triunfal no me hace esclavo,
lo abatido me cautiva,
y, más que elevada, quiero
divinizarte caída...
No en los de nadie: en mis brazos,
si gimes, quiero que gimas!...
Cuando sufres, cuando lloras...
¡entonces sí que eres mía!

*

Imaginarme no quiero

verte plañir desvalida,
porque entonces...
¡entonces sí que eres mía!

Imaginarme no quiero
que te arrastras dolorida,
porque entonces...
¡entonces sí que eres mía!

Imaginarme no quiero
verte tirada y perdida,
porque entonces...
¡entonces sí que eres mía!

*

Si arrogante,
si tú, lujosa y creída,
por la calle
pasaras, yo no diría,
vanidoso:
«Es esa la amada mía.»
Pero si te viese triste
ó pálida ó dolorida,
ó apenada y enlutada

ó pobremente vestida,
no tengas duda que, entonces,
á tu encuentro yo saldría
y que yo te sostendría,
y que tus manos amadas
con mis manos tomaría
y que te las besaría
y que tus ojos llorosos
secaría. . .

Y entonces sí que á las gentes,
orgullosos les diría,
amparándote en mis brazos :
«Es esta la amada mía!»

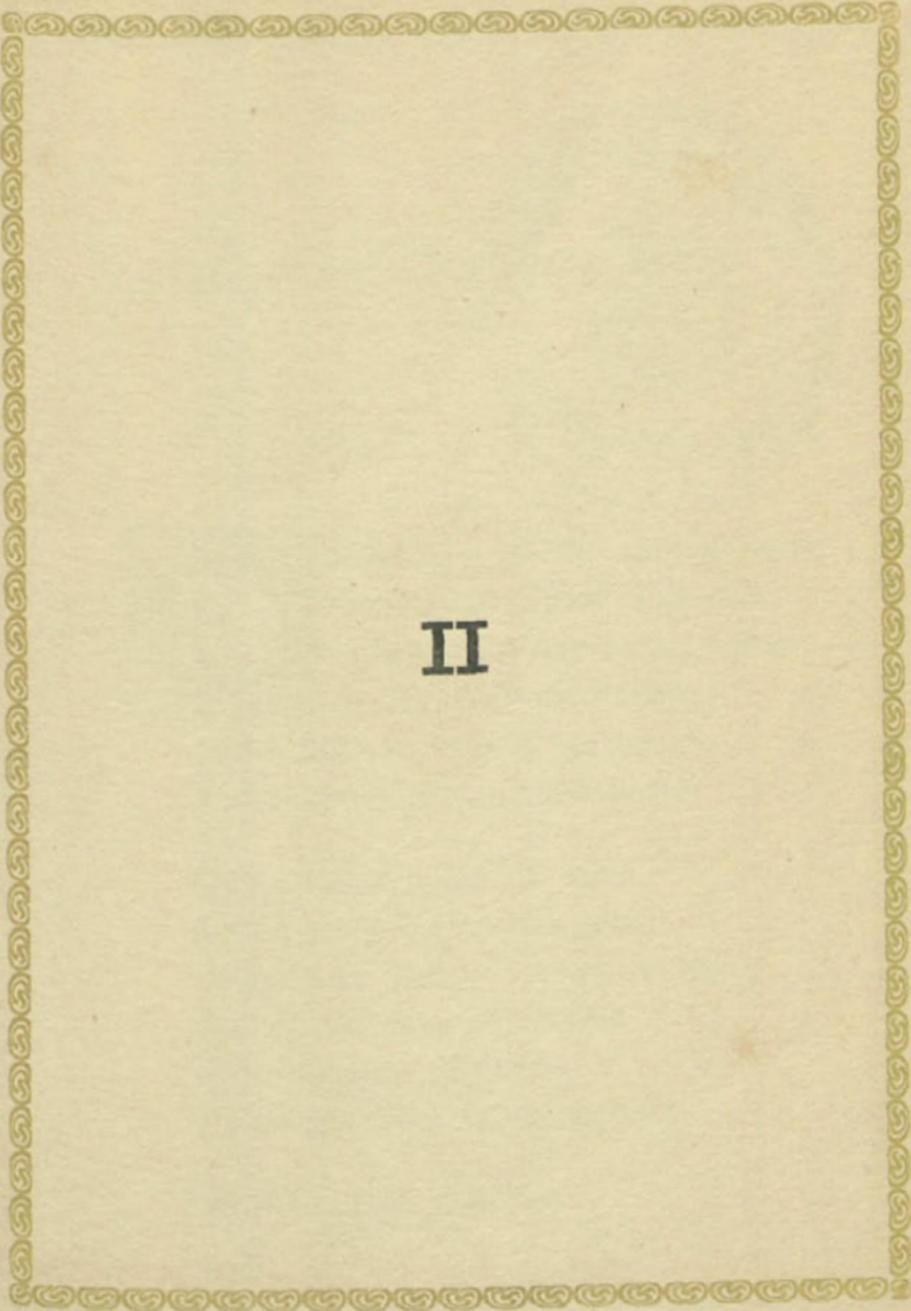
*

No me busques suplicante
y abatida;
no me reproches quejosa
y sentida;
no me salgas al encuentro
de angustia y dolor transida;
no me aguardes por la noche,
en la solitaria esquina,

y me ruegues y suspires
temblorosa, pobrecita...
porque entonces
no se dónde te pondría:
¡en el altar, en el cielo!...
¡Entonces te adoraría!
entonces tus vestiduras besaría,
entonces te gemiría
¡entonces te rezaría!

Tuyo solo, de pensarlo,
soy, como no te imaginas,
en la pena, en la desgracia...
¡Y entonces sí que eres mía!



A decorative border in a golden-brown color, featuring a repeating scroll-like pattern that frames the page.

II

¡QUÉ BUENA!



PILAR: ¿no sabes? Que al verte
con tu cara linda y fresca,
con tu cara que es un pomo
de rosas de primavera,
voy á decirte: «¡Qué hermosa!»
y siempre digo: «¡Qué buena!»

Que cuando miro tus ojos,
donde los míos contemplan
siempre un cielo... ¡y es tu alma
que en tus ojos se refleja!
voy á decirte «¡Divina!»
y siempre digo: «¡Qué buena!»

Que ríes con una risa

tan angelical é ingénuo,
tan sana... ¡precioso, dulce
bálsamo para las penas!...
que pienso: «¡Qué encantadora!»
y siempre digo: «Qué buena!»

Y hablas de un modo, que siempre
mi corazón te contesta...
¿Cómo hablas que, enajenado,
voz de ángeles me recuerdas,
y al decirte: «¡Qué angel eres!»
siempre te digo: «¡Qué buena!»?

Bendita, tú, Pilarica:
Dios guarde las rosas frescas
de tu cara; de tus ojos
la inmaculada pureza;
esa risa dulce, sana,
que es un bálsamo de penas;
esa voz cautivadora
que al corazón siempre llega;
y yo que siempre, al decirte
«¡Qué hermosa!», diga: «Qué buena!»

EN LA ARBOLEDA



O te saludo,
mujer de la corta saya,
de la desnuda pierna
y de la carne blanca...
Yo te saludo así, entre la arboleda,
natural y divina como Dios te creara:
llevas en la cadera
espléndida, apoyada
la magnífica cesta
de fruta sazónada...
redondo como buche de paloma
tu seno sudoroso se levanta...
me miras y sonríes y parece tu boca
una entreabierta fresca y exquisita granada...
Yo te miro y te admiro
y pongo en mis miradas
una canción bucólica
y un cálido poema sin palabras...
Y tú agradeces la mirada mía

y á mi canción respondes con tu gracia,
poniendo otra divina
canción agreste y dulce en tu mirada...

Y en el seto florido te detienes,
donde te inclinas y una flor arrancas,
sin presumir que estás deslumbradora:
la magnífica cesta así apoyada
y á la flor inclinándote... La brisa
tus cabellos dorados arrebatá,
y marca el soberano
busto la corta saya,
denunciando la nieve de tu rolliza pierna
¡la maravilla de tu carne blanca!

Divina y sin aliños, tal como Dios te ha hecho
y con lo poco apenas
para cubrir tus carnes, y descalza...
Aun te sobra lo poco que tus encantos vela,
pues ¡loado sea Dios! ¡es una lástima
que ocultes el prodigio con que, tan gene-
[roso,
el Hacedor Sublime te colmara!

EL HECHIZO



Ú modesta, tú callada,
tú sufrida, tú resignada,
tienes mi dulce afecto...
es á tí sola, á quien apenas
[miro,
y á quien yo siempre veo...
¡y eres tú sola, á quien apenas hablo,
la que reinando está en mi pensa-
[miento!...

Tu boca está sellada y sellada me dice
de un forzado silencio...

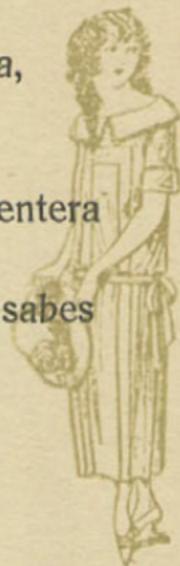
Tu boca está callada,

y tu boca, elocuente de callada,
me dice de un secreto...

Bajas los ojos porque el alma entera
se te sale por ellos...

¡bajas los ojos porque tú bien sabes
que es, la luz de tus ojos,
luz de pensamiento!...

Y humilde y reservada,
no queriendo
llamarme la atención, honesta eludes
el encanto y la gracia con ademán dis-
[creto,
y tú no sabes, criatura humilde,
que me seduces más de esa manera,
¡porque tu hechizo es eso!



PORQUE ERES HONESTA.

PORQUE BAJAS

LOS OJOS...



IENTRAS que tú eres
un divino capullo de rosa,
yo soy un hombre de edad,
[ya canoso...

y te quiero porque
tu sentir es noble
y no te dá enojo
cuando, al encontrarte,
pongo en tí mis ojos...

La amiguita pícara que iba de tu brazo,
maliciosa te dió con el codo
y me echó una mirada burlona...

Sencilla y modosa tú alzaste los ojos
y, al verme,
indulgente bajaste los ojos...

Como soy un hombre de edad y te miro
lo mismo que un mozo,
de mí, y en tu caso, se reirían otras...
Tú pones
un gesto piadoso
como si pensaras: «¡El pobre me quiere!...
Detrás de mí, siempre, se le ván los ojos.»

Eso quiero que pienses: «¡El pobre!»...
Pobre entre los pobres yo me reconozco:
tú eres riqueza
joya y tesoro...
¡y yo un pobrecito triste, pues no eres
mía y te ambiciono!...

Pero yo te miro y tú no te ofendes,
¡y dejarme mirarte no es poco!...
Las estrellas
no se ofenden por eso tampoco...
como á tí, yo las miro en el cielo

y las hago mías en mi pensamiento
¡y allí las adoro!...

Tampoco son mías
¡tampoco!
ni todas las rosas, ni todas las perlas,
y pongo
mis ojos en ellas con un delicado
amor silencioso...

Pasas y me encantas...
¡Eres una estrella,
eres una rosa, eres una perla
tú, para mis ojos!...

Y te adoro
porque eres honesta,
porque bajas los ojos...



COSITAS DEL AMOR



ENSAIS que está, en que nos
[quieran,
nuestro bien,
¡y nuestro bien es el gozo
de querer!...



No te quejes...
¿En amor, de qué te quejas?
¡La dulce miel del amor
es la pena!...

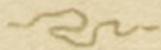


Es de la dicha, en amor,

el quejarse...
¡y no es amor el amor
sin pesares!...

*

Si tú no quieres también,
con ser querido ¿qué tienes?
¡Ya es tener, tener cariño!...
y el que quiere ¡qué más quiere!



EL DULCE ADIÓS



S tarde y es la noche negra
[y fría...
Has venido amistosa á despe-
(dirme...]

(dulcemente amistosa, que no es menos
que delicadamente enamorada)
y tu frase de amor ha sido ésta
de conmiseración: «¡Trabajas mucho!»
¡Dios te lo pague!

Y en la sombra me has dado tu manita
y yo te la he besado tan delicadamente
como á un niño dormido
para no despertarlo...
¡Dios te guarde!

Y asomada al camino,
en la desapacible
noche triste de invierno,
mirándome partir, «adiós» me has dicho
melancólicamente
como una tierna esposa...
¡Dios te bendiga!



NUBECITAS



AÑANITA de niebla,
día de sol...
De morritos... y luego
día de amor...



TODA ME HABLAS



TODA, toda me hablas! . . .
no solo con tu boca, no solo
[con tu acento,
no solo con tu cara y con tus
[ojos

y con sonrisa y gesto . . .
no solo con tus manos silenciosas
apretando las mías cuando te las retengo . . .
me hablas también apasionada ó dulce
é ingénua y expresiva, con tu cuerpo,
y hay elocuencia muda en tus gentiles
rítmicos movimientos . . .

¿Qué más hablar, si altiva te yergues y la
[espalda

me vuelves con despecho?
¿y qué más entender cuando te acercas
inclinando tu busto como leona en celo?

¿Qué más puedes decirme cuando buscas
la brasa de mis labios con tus besos
y doblas, como un cisne,
sobre el mío tu cuello,
y apasionado se hincha,
de suspiros, tu seno
y me ciñen tus brazos, como la yedra al
[tronco
enroscada á mi cuerpo?! . . .

FÉNIX DE AMOR



OH, en la carne manchada y
lacerada,
el incólume y puro senti-
[miento!...

¡Oh, flor de fino aroma
en el insano y nauseabundo cieno!...

¡Bella pudibundez de tu sonrojo
noble y sincero!...

Desencanto y vergüenza:
¡caída en el viacrucis del ensueño!...
¡Oh, idealidad, oh las divinas alas arran-
[cándote ráudas
de la materia impura con su vuelo!...

¡Oh, mística en tu carne,
abrasada en estáticos deseos,
como el fénix, más pura y más radiante
al remontar tus alas sobre el fuego!



SIEMPRE ME

ENCONTRARÁS



A más hondas raíces mi ca-
[riño
tiene del corazón y de la
[carne.

Cuando aflijida estés por los temores
y las dudas mortales
y ante el abismo vacilar te veas,
ven á buscarme.

Si alguna vez sintieras alegría
y hasta deseos de reir con alguien,
ven á reir conmigo, que acaso yo esté
[triste...
ven á alegrarme.

Y si expansión tu espíritu te pide
y ganas de charlar aún te quedasen,
con tu claro sentido de las cosas
y con aquel gracejo ven á encontrarme.

*

Ya más hondas raíces mi cariño
tiene del corazón y de la carne...

Cuando no haya un suspiro que responda
á tu suspiro amante...
cuando no haya una boca que te bese,
ven á besarme.

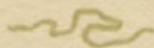
Cuando en la soledad de tus angustias
no encuentres quien te escuche ni te am-
yo desvelado pensaré en tu pena... [pare,
ven á llamarme.

Cuando tu pecho la congoja oprima
porque de tí piedad no tenga nadie,
no temas el haberme sido ingrata,
o te consolaré, ven á llorarme.

Y si en el mundo, al fin, sola te vieses,
abandonada cual perdida nave,
acuérdate del puerto de mis brazos...
¡ven á buscarme!

*

Ya más hondas raíces mi cariño
tiene del corazón y de la carne...
Mi ojos, que brillaban de amor un día al
[verte,
¡hoy lloran al mirarte!





LA BIENAVENTURADA



OH, bienaventurada,
por el dolor purificada!...
Hambre y sed de justicia hu-
[biste, ¡pobre!...

Hambre desesperada
del pan de cada día
en la ciudad inhumana,
que también te negó posada...
Y era invierno:
tus carnes mal tapadas...
La inclemencia del frío la sentiste
en el cuerpo y el alma...
«¡Qué horror de invierno!»
exclamas
y, al evocarlo, te estremeces toda
y te cubres el rostro horrorizada...

¡Oh, bienaventurada,
por el dolor purificada! . . .
á ti bajó del cielo
la gracia
y sabes de tesoros que ignoran mu-
[chas gentes
que se suelen llamar afortunadas.
Sabes del oro
que el sol derrama,
porque te has asoleádo
cuando, sin hogar, vagabas,
y, de tanto asoleárte,
se te ha dorado la cara . . .
Sabes de la plata fina
de las aguas,
porque has bebido en los ríos . . . ¡y
[sabes
de ríos de plata! . . .
Sabes de los conciertos de las aves,
que aman,
y por eso
cantan . . .
Sabes de soledades de selvas y ba-
[rrancos,

que son de nuestra soledad compañía...
Sabes
de peñas ásperas,
que, generosas, agua pura ofrecen
y una cueva abrigada...
Y sabes
de galas,
porque te has adornado con todas
las flores del campo, á falta
de joyas
caras...
¡y porque
los noches claras
y heladas,
su manto de estrellas,
sobre tus hombros, el cielo echaba!...

¡Oh, bienaventurada!
en tu desgracia,
llena eres
de gracia:
conoces
la humildad santa



Vicente Medina

y las riquezas,
sin comparación,
del cielo y de la tierra,
más a los pobres que a los ricos dadas.

Por eso y porque has sido
en el dolor purificada,
son nobles
tus palabras
y has hecho en ellas,
de Dios y de lo humilde, la alabanza.

Yo quiero
recoger tus palabras
como el rumor de un hilo cristalino
de agua,
que es frescura y es vida
y espejo de luna clara...

Dices
inspirada:
«¡Qué horror de invierno!
Recordarlo me espanta.
¡Para bueno el verano! Cuando Dios
[lo hizo,

de seguro en los pobres pensaba»...

Dices: «¡El verano!...

¡qué abundancia!

Siquiera de fruta,

los pobres se hártan...

Con poquita ropa

se apañan:

un sayo, en el día

se lava,

se seca

y se plancha...

Ya hay luz á las cuatro

de la mañana

y con luz del día, de tarde á las siete,

aún se trabaja...

Luce el tiempo,

en luz no se gasta...

Un catre que sea, y aún el puro suelo,

ya tenemos cama...

un árbol pomposo ó el cielo estrellado,

ya tenemos casa...»

¡Qué hermoso,

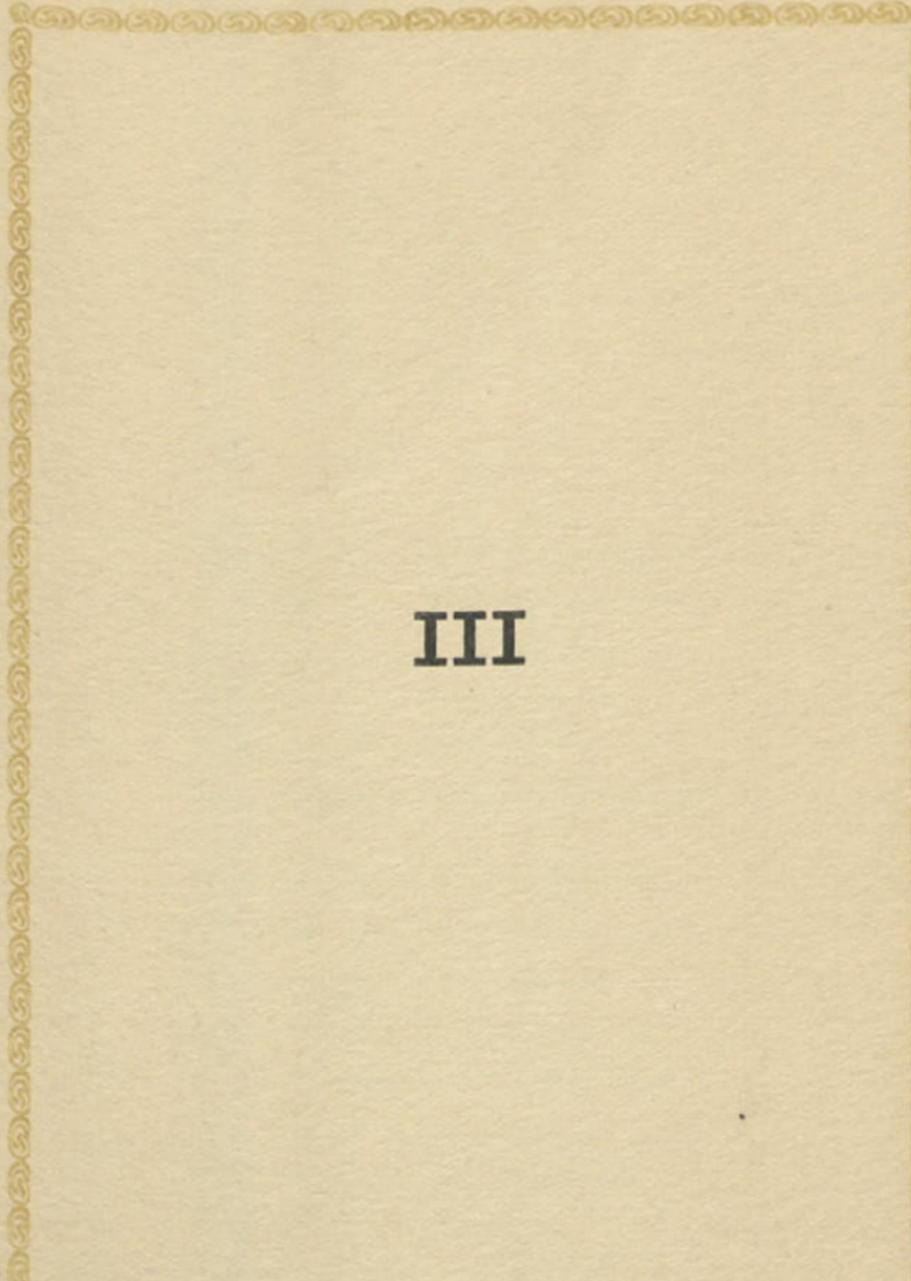
bienaventurada:
el cielo
por casa!

Dices:
«¿Y el agua?
¡Qué alegría
de agua!
¡Te bañas!
¡Gozas! ¡Vas limpia!
¡Limpia como los chorros del agua!»

Dices:
« El invierno
mata.
No se gana...
Para vivir, el empeño:
¡cuando más hacen falta,
las ropitas
empeñadas!»

*

¡Dios te guarde,
bienaventurada,
por el dolor inspirada!...

A decorative border in a golden-brown color, featuring a repeating geometric pattern of interlocking shapes, surrounds the page.

III

LA JOVEN DE

LA BUHARDILLA



A joven en su buhardilla
vive y trabaja
todo el día,
desde el alba...

animosa y saludable,
es un clavel encendido su cara...

Fresca y limpia y satisfecha,
de mañana,
sonrñente se asoma
como un sol á su ventana
y lo mismo que un jilguero
canta y canta...

lo mismo que el jilguerillo
prisionero en su jáula...

La joven lleva su cruz,
la joven lleva su carga:
tiene hermanitos y tiene
su madre impedida en cama;
tiene que cuidar de todos
y que mantener su casa...
pero ella, fuerte, sale adelante
y alegre canta,
porque tiene la joven de la buhardilla,
como el pobre jilguero, ¡muy grande
[el alma!



LOS DEL CHIRIBITIL



A tarde era fresquita,
estaba yo contigo en el chi-
[ribitil:
te hallabas muy contenta y, en
[tanto el té servías,
yo te gastaba bromas y te hacía reir...

De todo nos reíamos: de la humilde vagilla
y del mantel zurcido y del pobre festín...
Luego tú te pusiste á plancharte un vestido,
mientras yo algunos versos te leí.

¡Qué bonita que estabas tan sencilla y hu-
[milde

y tan fina, á la vez, y tan gentil. . .

No hubiese yo cambiado por un rico palacio
nuestro chiribitil.

Nos fuimos á la calle, iba ya anocheciendo,
las luces comenzaban á lucir. . .

La tarde era fresquita, marchabas á mi lado
menudita y graciosa y muy juntita á mí.

Y charlando decías: «Soy como una plantita
que se arrimase á un tronco, y apoyo bus-
[co en tí]. . .

Yo te dije: «Pero eres también la primavera
que la nieve del tronco vienes á derretir»...

Como dos camaradas íbamos por la calle:
¡tú tan contenta y confiada en mí! . . .
ponías una cara muy pícara y graciosa
con tus manos metidas en tu abrigo gris.

Estabas tan contenta,

que por todo y por nada rompías á reir,
y, tan de acuerdo andábamos, que con ojos
[y boca
no dejabas á nada de decirme que sí.

Hacíamos proyectos, é imaginando cosas
sencillas é inocentes tú para el porvenir,
charlabas de este modo: «Siempre saldre-
[mos juntos
como una parejita muy feliz.»

«Tengo que hacerme alguna ropita, ¡estoy
[desnuda!
y vendrás á la tienda á ayudarme á elejir...
Quiero una maquinita de coser, pues me
[gusta
que todas mis ropitas estén hechas por mí».

«Iremos los domingos á la orilla del río...
Es cosa muy bonita ver los buques salir...
dá una melancolía... ¿Qué nos pasa que
[el alma

siempre tiene deseos de partir?»

«Pero no partiremos; eso es cosa de ricos...
me quedaré sentada jnnto á ti
y leeremos un libro. Viajaremos soñando,
que es barato y es cómodo y feliz...»

Callaste... Ya no ríes... me miras tierna-
[mente...
Las horas con la charla, se fueron sin sentir.
La noche está fresquita... De la llovizna
[helada
te amparas en mi cuerpo muy pegadita á
[mí...

La noche está fresquita... Volvemos al
[abrigo...
suspiras y hasta siento tu corazón latir...
Como á dos pajaritos que por su nido pñan,
nos llama dulcemente nuestro chiribitil...

Llegamos á la casa y, mientras leo un poco,
te vés... Luego te siento fuertemente reir...
Y es que te has acostado: «Ven...—me
[gritas—
¡para agustito y calentito, aquí!»

Recostada, al ratito, sobre mi pecho tengo
tu cabecita bella de expresión infantil...
tu miradita tierna... tu boca suspirante...
¡Oh, nido venturoso, nuestro chiribitil!



LOS BELLOS

PAJARITOS



ALLAMOS pocas veces en
[los campos
un pajarito muerto.
Saltan los pajaritos en las ra-
[mas...

cantan alegremente y alzan el vuelo...
Nuestra vida alegraron
un momento...
pasó la primavera y el ardoroso estío,
y se perdieron...

Huyen los pajaritos
del frío y del invierno...
¿Pero á dónde se ván cuando se mueren
ó cuando se hacen viejos,
que no los vemos?

✱

Parecen pajaritos también las muchachitas
que, en los teätros y café-conciertos,
aman, cantan y ríen,
y nuestra vida alegran un momento...
Las vemos una vez... quizás á verlas
ya no volvemos:
una noche feliz... un pajarito
que se paró en la rama ó pasó por el cielo...

¡Y de ellas, así, tantas... ¿Qué vejez tie-
[nen?
¿á dónde, ¡pobrecitas van á dar con sus
[huesos?

Pasa la primavera,

viene el invierno...
¿A dónde las bandadas
á dispersarse fueron?
¿A dónde van los pajaritos cuando
se mueren ó son viejos?





DE LAS TRES.

LA HONRADA



A madre y la hermana
se daban...
pero no así ella, la pequeña,
arisca y negada;
que quiso ser casta.

La madre y la hermana
se daban
y la mantenían...
Ella no se daba:
quiso ser honrada.

Vivía
honesta y mimada,
mantenida por

su madre y su hermana,
¡que se daban!...

Y cuando la gente
de ellas hablaba,
decía

de la madre y la hermana:
«Son mujeres malas»...
añadiendo:

«La única decente,
en esa casa,
es la pequeña:
tan buena y honrada,
¡que no se dá por nada!»

EN LOS COTOS REALES

«Llega el invierno, crece la miseria...
La administración pública es una calamidad...
Se caza en los cotos reales. El rey se divierte.»



En el invierno cayó ésta,
cayó aquella, cayó la ötra,
¡cayeron tantas!
¡Oh el invierno!...
¡en los campos de la miseria
gran época de caza!

Se empeñaron las ropas de abrigo
cuando hacían más falta...
la usura las uñas
se afilaba...

el hambre
las piezas acorralaba...
el frío
las fieras acobardaba...
¡las carnes, ateridas
y barruntando al cazador, temblaban!
¡Oh el invierno,
gran época de caza!

MUJERES Y MUJERES



AY unas mujeres
que se visten para ir desnudas,
la mayoría flacas,
el pecho aplastado, la ubre
[seca,
vacía (de ovarios extirpados) la panza.

Hay otras mujeres
á quienes los vestidos
por delante se les alzan,
por el vientre abultado,
y cuyos senos,
reventando de llenos, en el corpiño estallan...
á veces, los pezones,
con una mojadura

de leche, se señalan...
De estas mujeres
 las hay vírgenes
que parecen preñadas,
pues van por la calle
para atrás dobladas
por la carga
de ropa cosida,
de roda lavada...

*

¡Oh aquellas mujeres
llenas de cintajos, pero nunca en cinta,
estériles, vanas!...

*

¡Oh estas mujeres
santas,
de hijos, de trabajo,
preñadas!



ENTRE LAS

ACACIAS FLORIDAS



PERO has visto, nunca,
cosa más bonita?!

Por entre las huertas y por la
[ancha calle

de acacias floridas,
pasa un carricoche con un caballejo
que una bella aldeãna lo guía.
La bella aldeãna maneja las riendas
y, á la vez, sostiene sobre sus rodillas
un nene (su nene) como un sol de hermoso,
como un sol de rubio... ¡aquella carita
igual que una rosa!... ¡sus ropas lo mismo
que un copo de nieve, de blancas y limpias!..

La bella aldeana, igual que su nene,
sana, fresca, limpia,
guía el caballo y lleva, como algo
precioso, en el halda, su carga divina:
el regazo es nido y es plumón su pecho,
que amoroso y blando al nene aproxima,
y alas son aquellos brazos maternales
que rozan amantes, que amparan y abrigan...

Orgullo y ternura
y gracia y sonrisa
tan grandes, tan puros,
no he visto en mi vida,
como en esa madre
que su caballo con su nene guía. . .
Y me han parecido, al pasar en medio
de esa gloria de acacias floridas,
el nene, el niño Jesús en el halda,
y la madre, la Virgen Bendita!



GRITOS DE MADRE



E donde has venido, cielo?
¿De donde has venido, sol?
¿De donde vienes, milagro
vivo de mi corazón?

Milagro que eres mi carne
y que te he parido yo
y soy tu esclava y tú eres
mi rey también y mi Dios...



¡Yo te quería, sin conocerte,
cuando me dabas
ya pataditas

en las entrañas!



¡Hijo mío,
gloria y tormento,
mi dolor
y mi consuelo!...



Te doy mi sangre
y me parece poco
y tú te agarras
á mi pecho como un lobo...

Me muerdes
fiero el pezón
y ahogo un grito
de dolor...

Porque entonces te quiero más
y sufro y gozo...
¡Te doy mi sangre



y aun me parece que te doy poco!

*

Tiemblo
de recordarlo:
íbamos por la calle...
Como es tan diablo,
se me soltó
de la mano...
ya corría
cuando quise sujetarlo...
venía un coche,
¡me lo ví atropellado!...
« ¡Hijo mío! » (grito despavorida)
doy un salto,
¡ya lo ví aplastado!
Me metí entre las patas
de los caballos,
del vestidito
lo saqué arrastrando...
Yo me libré de milagro
y, cuando
lo ví en mis brazos



sano y salvo,
me desmayé... ¡Dios mío,
qué espanto!
¡lo había visto
¡muertecito y amortajado!



¡Y YO NO ESTABA!



cómo ha sido, hijita? ¿cómo
[ha sido el quemarte?
¡Te arrimaste á la brasa!
Jugando, sí, jugando...
Jugando te has podido caer sobre la llama
y, sin auxilio alguno,
perecer abrasada...
¡Tú solita! ¡Dios mío!
¡cómo has podido verte!... ¡qué desgracia!...
¡Solita retorciéndote en el fuego!...
¡Solita!... ¡Y yo no estaba!

¡Te dolía muchísimo!...
gritaste y me llamabas...

Llamabas á mamita,
mi hijita, ¡y yo no estaba!

Llamabas á mamita, la casa estaba sola...
y, la voz retumbando, te parecía respon-
[der la casa...

Llamabas á mamita... Y también el pe-
rrito,

como queriéndote ayudar llamándome,
á tu ladito aullaba...

Y asustadita tú tenías miedo...

Llamabas á mamita... ¡y yo no estaba!

¿Y te dolía mucho? ¡Te dolía!

¿Y qué hiciste, mi hijita? ¡Te pusistes agua!

¡Agua!... ¡tú qué sabías!

¡Y un trapito también! ¡Mi prenda amada!

¿Y cómo te lo ataste? ¡Con los dientes!

¡Doliéndote!...sufriendo!...¡y yo no estaba!

¿Y por aquí no había nadie? ¡Nadie!
¡Solamente el perrito, que ladraba
como pidiendo auxilio... ¡y te lamía,
y, arrimadito á tí, no se apartaba!...

¿Y lloraste muchísimo?

¡Llorabas!...

¡y el perrito, lamiéndote,
te secaba las lágrimas!...

¡Tu bracito quemado!... ¡en una queja!...
¡llorando!... ¡tan solita!... ¡Y yo no estaba!





LA MADRE CON

EL HIJO EN BRAZOS



BA aquella madre
con el hijo en brazos...
Nada he visto llevar ¡dulce
(madre!
con tan tierno y divino cuidado...

Lleva al hijo la madre en los brazos
como un vaso
de vidrio finísimo
que se puede romper con mirarlo...

Sin quitar del hijo los ojos la madre,
en el hijo los ojos clavados,
en rostro de Virgen de altar, aquel rostro

se ha transfigurado...

Para aquella madre,
todo en aquel hijo se encuentra encerrado:
¡la vida y el cielo
los lleva en los brazos!

Para aquella madre, el hijo es espejo
y, encantada, se va en él mirando...
y el hijo es la joya que con más orgullo
á su pecho prendida ha llevado...
y el hijo es ensueño
con el que se pasa las horas soñando...

Para aquella madre,
es el hijo tesoro y regalo
y es sol y es lucero
y es cielo estrellado...

Siente aquella madre
a veces un algo
como si ella misma se viera que hubiese
sin nacer estado
hasta que á su hijo

á luz hubo dado...
como si la propia vida de sí misma
se la hubiese en el hijo encontrado...
¡Ella lo ha parido y es el hijo, á un tiem-
[po,
su vida, su cielo, su dios, su tirano!

Para aquella madre,
es el hijo gloria, y es cruz y calvario...
y es el hijo misterio divino
en ella encarnado...
Para aquella madre, su hijo es el hijo
de Dios... ¡en sus brazos!





INDICE

CÁNTICO ENTRE LOS ESPOSOS (de San Juan de la Cruz).....	pag.	5
¡Mujer, Dios te salve!.....	„	11
Amo el dolor.....	„	17
Lucecita en la noche.....	„	19
El jugador que no llegó á jugarse el alma	„	23
Dios en Cruz.....	„	27
¡Rosa mía de té!.....	„	29
Magnánima.....	„	31
Tu dulce amor.....	„	33
Ciego.....	„	35
Eres agua limpia.....	„	37
Fé en el amor.....	„	39
Llena eres de gracia.....	„	41
He de ser yo.....	„	43
Las espinas.....	„	47
¿Sabes tú lo que eres?.....	„	49



Almohada de mi descanso.....	“	51
Cuando eres mía.....	“	55
¡Qué buena!.....	“	61
En la arboleda.....	“	63
El hechizo.....	“	65
Porque eres honesta, porque bajas los ojos	“	67
Cositas del amor.....	“	71
El dulce adiós.....	“	73
Nubecitas.....	“	75
Toda me hablas.....	“	77
Fénix de amor.....	“	79
Siempre me encontrarás.....	“	81
La bienaventurada.....	“	85
La joven de la buhardilla.....	“	93
Los del chiribitil.....	“	95
Los bellos pajaritos.....	“	101
De las tres, la honrada.....	“	105
En los cotos reales.....	“	107
Mujeres y mujeres.....	“	109
Entre las acacias floridas	“	111
Gritos de madre.....	“	115
¡Y yo no estaba!.....	“	117
La madre con el hijo en brazos.....	“	121

Obras completas de VICENTE MEDINA

Volúmenes como el presente ya publicados:

- I VIEJO CANTAR (*Versos de amor*)
- II ¡PADRE NUESTRO! (*Breviario*)
- III PATRIA CHICA (*Sentimiento regional*)
- IV EN LAS ESCUELAS (*Preceptiva pedagógico-literaria*)
- V EN EL MUNDO HUERFANO (*Escepticismo*)
- VI LA COMPAÑERA (*Versos - Poema íntimo*)
- VII CONTRA EL DIOS DE LOS HOMBRES
(*¡A trallazos!*)
- VIII HUMO (*Yo mismo*)
- IX SIN RUMBO (*Versos. - Amargo sentir*)
- X A LA BUENA DE DIOS (*Filosofía ligera*) Prosa.
- XI ¡SED TENGO! (*Poesía - Anhelos del más allá*)
- XII HACIA UN SENSATO COMUNISMO
(*Orientación política,*)
- XIII LA TIRANA (*El poeta-abuelo*) Poesía.
- XIV AIRES MURCIANOS (*Reedición del tomo Mignon*)
- XV PALOS DE CIEGO (*Filosofía del hombre bárbaro*) -Prosa.



De estas obras completas de Vicente Medina ya se han publicado quince volúmenes, hasta el presente, y todos ellos eran inéditos, á excepción del XIV. Seguirán lo menos veinte volúmenes más, entre ellos todavía unos cuantos, todos también inéditos, y cuya especificación es la siguiente:

PEQUEÑA GALERIA (Apuntes)

NINFAS Y SÁTIROS (Versos eróticos y galantes)

HECES (Del fondo de las cosas)

PAVESAS (Más versos de amor)

CENIZAS (Palabras de amor)

PLUMAS AL VIENTO (Del bello pensar)

AIRES ARGENTINOS (Estilos) - Poesía

Correspondencia á Vicente Medina - Entre Rios 958 - Rosario de Santa Fé - R. Argentina.

PEDIDOS

á la Agencia Gral. de Librería Rivadavia 1673, Buenos Aires. Librería "Fernando Fé" Puerta del Sol 15, Madrid - Librería de Victoriano Suárez, Precladós 48 Madrid.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

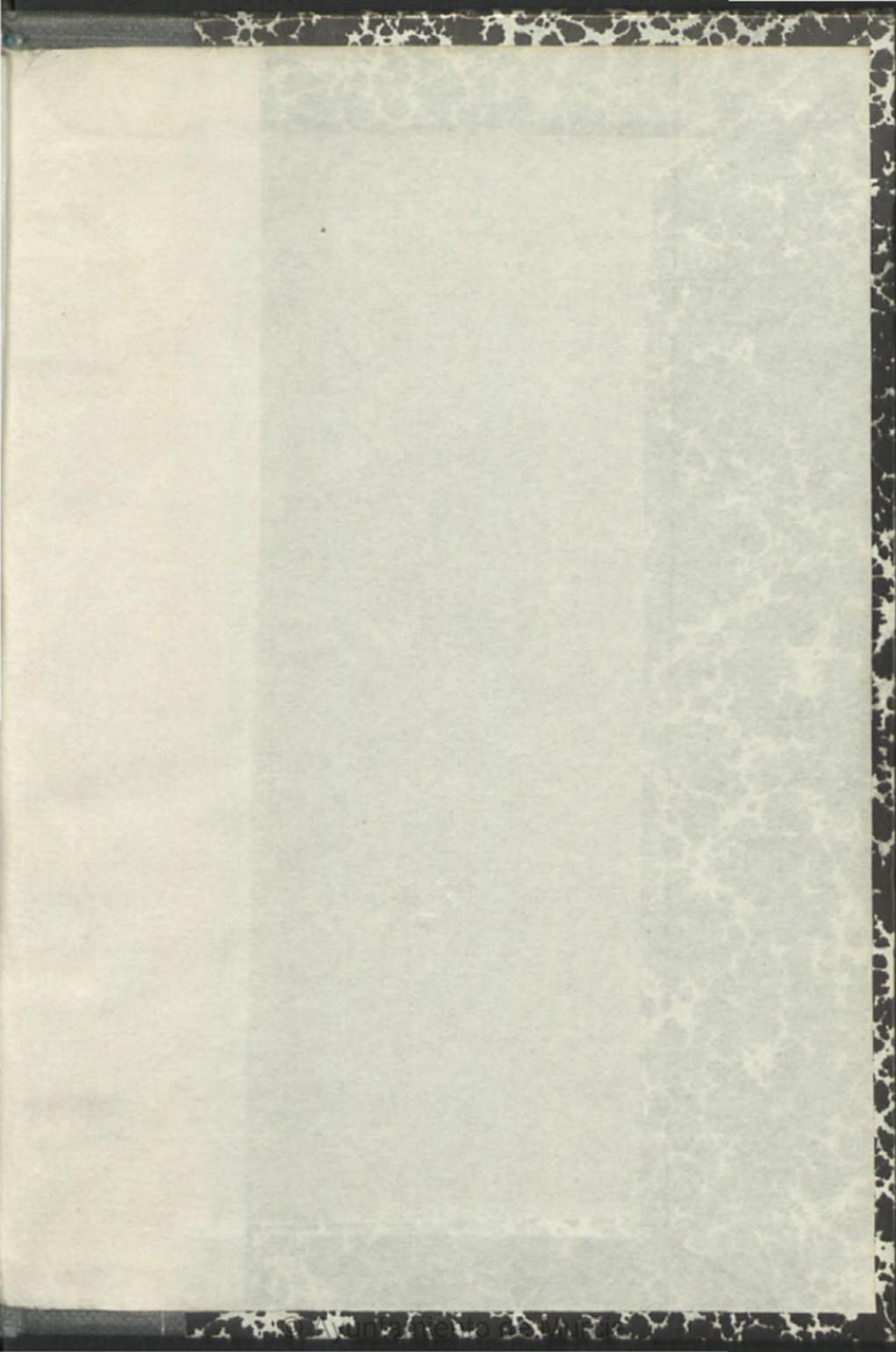
M. PIGNOLO & Hno.

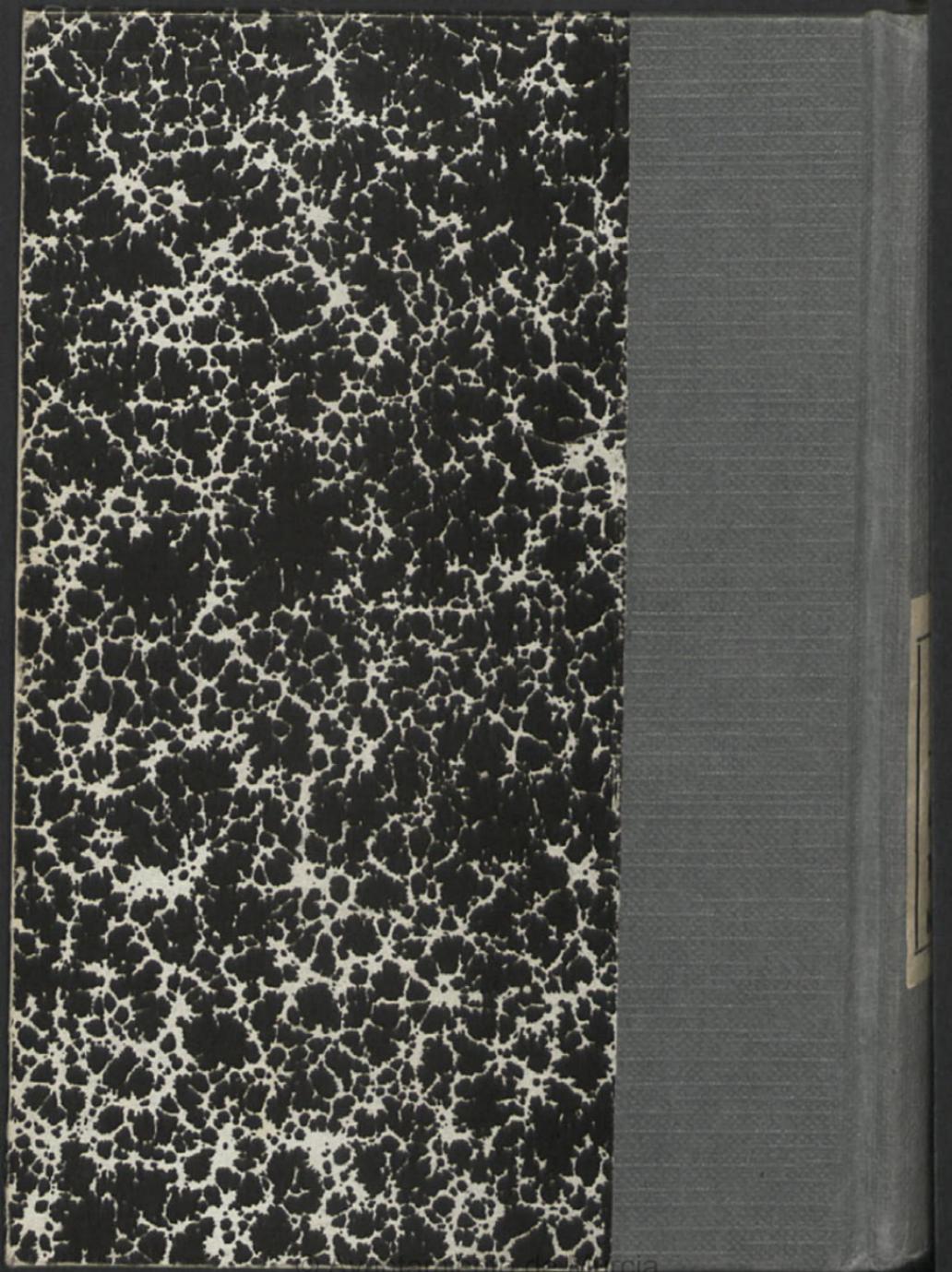
SANTA FÉ 1279

ROSARIO DE SANTA FÉ









V. MEDINA

MUJER
DIOS TE
SALVE

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

ESTE

7

TABA

F

N.º

8
